

TRAS LA PANTALLA

GALERIA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS



William S. Hart

CUADERNO Nº 19

35 CTS

EL PRÓXIMO CUADERNO

ESTARÁ DEDICADO A

Juanita Hansen

LA GENIAL Y AUDAZ ARTISTA DE SERIES
SU ARTE - SU INMENSA POPULARIDAD EN
LA PANTALLA - CURIOSOS DETALLES DE
SU VIDA ÍNTIMA



EN PREPARACIÓN :

SESSUE HAYAKAWA
SUSANA GRANDAIS : ANTONIO MORENO
TOM MOORE

CUADERNOS PUBLICADOS

De venta en esta Administración y en casa de nuestros agentes exclusivos

N.º 1	Francesca Bertini	2.ª ed.	N.º 10	Max Linder
» 2	Ch. Chaplin (Charlot)	2.ª »	» 11	Margarita Clark
» 3	Douglas Fairbanks		» 12	Eddie Polo
» 4	Mary Pickford		» 13	María Walcamp
» 5	Charles Ray		» 14	Wallace Reid
» 6	William Duncan		» 15	René Cresté
» 7	Pearl White		» 16	Hesperia
» 8	Gustavo Serena		» 17	Roscöe Arbuckle (Fatty)
» 9	Pina Menichelli		» 18	Mabel Normand

TRAS LA PANTALLA

GALERIA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS

WILLIAM S. HART

POR

R. SANTANA Y BENÍTEZ DE LEON

**LAS ESTRELLAS DE NOR-
TEAMERICA :: EL ARTIS-
TA FUERTE, RUDO Y
BRAVO, TIENE AGILIDAD
: : : DE TIGRE : : :**



I nos fijamos en el florecimiento actual de la cinematografía y consideramos lo relativamente cercana que está la fecha de su iniciación, nos convenceremos de que ninguna otra industria ni arte, han adquirido en tan poco tiempo un semejante desarrollo.

Esto por lo que se refiere al cine mundialmente considerado, que si nos limitamos a estudiarlo con las miras puestas en la América del Norte, veremos que el desarrollo ha sido aun mayor y en plazo más breve, culminando en el florecimiento de ahora que hace de las películas de allende el Atlántico las preferidas de todos los públicos y las más buscadas y estimadas por todas las empresas.

No queremos por nuestra parte—y porque se aparta de la índole de esta publicación—analizar las causas que determinan esta preponderancia de la producción americana que ha llegado al mayor auge con la velocidad de sus raudos sudexpresos.

Derroche de dinero en la presentación, una emoción muy honda en las escenas que se suceden eléctricamente, un acabado verismo en los cuadros y un trabajo insuperable en sus artistas, figuras entre las que destacan muchas como estrellas de primera magnitud, son los valores esenciales de las cintas de Yanquilandia.

Yanquilandia ha creado además géneros nuevos en la pantalla. Conocíamos la gracia fina, suave, de elegante distinción de Max Linder, por ejemplo, pero no conocíamos la gracia desbordante, tumultuosa, entre irónica y grotesca de Charlot, ni la gracia que se desprende, con sólo aparecer en la pantalla, de la figura enorme deliciosamente ingenua y cómicamente inocentona del estupendo Fatty.

Sabíamos de los hondos dramas psicológicos o pasionales, problemas de amor por lo general, pero no habíamos pensado nunca frente al lienzo como algunas obras americanas nos han hecho pensar con sus argumentos de tesis políticas, morales o sociales, palpitantes de atracción y educadoras como un buen libro.

Y por último, en el orden que pudiéramos llamar de las temerarias sensaciones, impresionadas con el prurito de sacudir los nervios del espectador, nadie ha llegado hasta donde los americanos con sus ya insustituibles películas de «series», cuyo sólo anuncio en la pantalla ya arranca al público murmullo de interés y complacencia.

El artista de quien vamos a ocuparnos en este libro no es un artista cómico, ni un actor trágico, ni una primera figura de episodios escalofriantes.

Es William S. Hart, un coloso de la escena muda, grande entre los grandes, pero «una cosa aparte» de todos los demás.

* * *

Con William S. Hart nos encontramos frente a un caso que se s-para diametralmente, en absoluto, del patrón cortado por todos los otros artistas cinematográficos que se disputan la predilección de los públicos y las frenéticas adoraciones de sus admiradoras jóvenes, en edad madura un poco disimulada por los refinamientos de la coquetería femenina, o de vejez puerilmente escondida debajo de los afeites escandalosos.

A las «estrellas masculinas» las admiran las mujeres de todas las edades por igual.

William S. Hart no tiene nada de elegante según la manera actual de apreciar las elegancias; tiene menos de refinado y su porte menos todavía de exquisito. No sabe de la filigrana de los trajes

entallados, ni se peina con cosmético, ni se perfuma con esencias exóticas. No se pasa las horas muertas frente al espejo estudiando el lazo de la corbata, ni hace dibujos arabescos para colocarse bien el pañuelo en el bolsillo izquierdo de la americana. A este hombre rudo, fuerte, noble y bravo, no le importan un comino las menudencias de la indumentaria.

La esencia característica de su arte es la masculinidad y para todo lo que se aparte de esta norma tiene un expresivo encogimiento de hombros, un gesto de desdén y una sonrisa de desprecio.

Por esta razón la vida libre en las regiones salvajes del Oeste es su principal encanto y por esto al verlo en la pantalla nos da la impresión — como Ecran dice — de un hombre amante de la selva y de la vida solitaria, en constante diálogo con nuestra Madre Naturaleza, que no sabe de envidias ni de rencores y en cuyo pecho generoso las malas y bajas pasiones de la ciudad no han clavado su aguijón nunca.

Los miembros de William S. Hart tienen temple de acero y agilidad de tigre y su corazón, esforzado y audaz como el de un aventurero o un héroe legendario, no parece conocer el miedo.

En sus manos el revólver y el lazo son armas seguras y temibles que le libran de las fieras y de los hombres.

Y su rostro, curtido por el aire y tostado por el sol, inmóvil y altanero, semeja una máscara de piedra.

LA VIDA DEL ARTISTA
VOLUNTAD, VOLUNTAD Y
VOLUNTAD :: CANSADO
: : : : DEL TEATRO : : : :

William S. Hart abrió los ojos a la vida en Nowburg (Nueva York) el año 1879, siendo el primer hijo de un matrimonio inglés.

La vida no se presentaba muy clara para los padres de William cuando el cielo los obsequió con un retoño. El trabajo les producía muy poco, y las necesidades más precisas, aumentadas considerablemente con un hijo, se iban cubriendo a tropezones con una estrechez angustiosa.

Era necesario hacer algo para mejorar de suerte, aunque fuese a costa de todas las audacias.

Los bosques inmensos y las minas de oro de Dakota podían ser una solución y más que una solución el principio de la soñada prosperidad.

Y un día, cuando William — o Bill como se le conoce en América — sólo tenía unos meses, sus padres se trasladaron con él a Dakota, la región casi salvaje, donde el muchacho pasó la niñez hasta los quince años, viviendo entre vaqueros, indios y caballos.

En medio de aquellas gentes violentas y agresivas que domaban potros, cazaban toros, y se mataban entre sí con la estoica serenidad de su bravura, Bill aprendió a manejar el revólver con certera puntería de tirador invencible y a lanzar el lazo con maestría insuperable.

Se hizo un muchachote tosco y brutal en apariencia, que tenía un alma toda generosidad.

* * *

Un día sintió la tentación del teatro. Le atraía el encanto irresistible de las tablas con sus triunfos clamorosos, con la conquista de la fortuna y de la popularidad, y se sentía con fuerzas más que suficientes para destacarse en poco tiempo en la interpretación de sus papeles favoritos con obras en que jugasen los bravos tipos de la tierra con sus rudezas nobles, heroicas y sugestivas.

Lo malo era conseguir trabajar. El penoso calvario de los que quieren empezar lo subió Bill, poco a poco, sufriendo todas las amarguras, mordiendo todos los dolores, sabiendo de la hiel de todos los desaires, pero con la resuelta voluntad de los hombres que han hecho de la fortaleza de espíritu la religión suprema de la vida.

Voluntad, voluntad y voluntad.

Nada de desmayos; cada obstáculo era un acicate para el entusiasmo de sus propósitos.

Durante algunos años, muy animoso, pero sin recursos económicos de ninguna clase, permaneció acariciando la idea de debutar y darse a conocer, luchando con la imposibilidad absoluta de salir de aquellas regiones escondidas por las que sólo y de vez en vez pasaba como por casualidad una compañía de cómicos de la legua.

Cada compañía que llegaba era motivo de una visita de William que se entrevistaba con el empresario, haciéndole el relato de sus aspiraciones y pidiéndole como gracia mayor que lo dejase salir al escenario, aunque no fuese más que una sola vez...

Pero los empresarios no querían parar mientes en los ruegos de aquel muchachote que hablaba con una voz potente y ronca, desgarrado y violento de ademanes, y todos se marchaban sin tender una mano de ayuda al aspirante a actor.

Y el aspirante a actor seguía su vida en la pradera, esperando siempre una ocasión propicia con la esperanzada seguridad de los que tienen confianza en sus fuerzas, y dejaba pasar los días y las semanas, haciéndose un cowboy de cuerpo entero, fortaleciendo sus



William S. Hart

Caricatura de Jarefa

músculos y su espíritu, dominando caballos con la resistencia hercúlea de sus piernas y disparando el rifle con la maravillosa puntería que empezó a hacerlo famoso y popular entre aquellas gentes que lo admiraban y querían por su valor y su destreza singulares, de las que sin embargo no quería hacer gala ni ostentación en ningún momento.

* * *

Una noche sin duda, en el recogimiento de su habitación, William S. Hart, cansado de esperar inútilmente el instante propicio que no llegaba nunca, debió concretar sus ansias en dos resoluciones definitivas. Una de ellas marchar a Londres para educarse artísticamente y la otra procurarse el dinero necesario para emprender el viaje.

Tenía entonces quince años.

Vendió a mal precio sus pocos trajes y armas, junto con las medallas ganadas en los juegos atléticos, y se marchó con el escaso producto de la almoneda camino de la nebulosa capital londinense.

Tres años más tarde regresaba a América y se presentaba en Nueva York hecho un actor de cuerpo entero, debutando en el principal teatro neoyorquino con la interpretación de Hamlet y obteniendo un éxito ruidoso.

Luego siguió cinco años más al lado de la gloriosa Julia Artur, y pasó en un recorrido triunfal por las mejores ciudades, cosechando aplausos y robusteciendo su fama en roles de diversas naturalezas.

Sin embargo, el actor, que ya había llegado a la gloria, no se daba espiritualmente por satisfecho.

En su noble ambición palpitaban nuevas ansias.

Y por otra parte, su temperamento indomable, no se avenía del mejor modo con el obligado fingimiento de los escenarios.

La verdad, la gran verdad de la vida reflejándose en el realismo de las escenas, estaba ya para William S. Hart en otro sitio.

El cine lo había deslumbrado como una obsesión.

§ § §

**ACTOR DE CINE :: LAS
PRIMERAS PELICULAS Y
LOS PRIMEROS ÉXITOS
UN PALACIO DE MULTI-
::: MILLONARIO :::**

Sin desdoro para el teatro, glorioso en su rancio abolengo artístico, puede afirmarse que su limitación de ambiente y medios de expresión emocionales, en relación con la pantalla, es manifiesta a cartas vistas.

Los soles pintados, los campos de escenografía, las decoraciones en que la imaginación del espectador ha de suplir el fingimiento para darse una violenta idea de la realidad, el mismo modo y desarrollo de los cuadros, no son los más apropiados para las violentas sacudidas de la emoción que tan dentro nos llegan desde el lienzo.

Los fondos que nos ofrece la cinematografía son la Naturaleza misma; el sol es sol, el mar mar, y el monte monte. A falta de la palabra tiene en cambio el subrayamiento doble de la expresión, del ademán y del gesto.

Y William S. Hart veía en el cine el campo más adecuado para la fuerza expansional de su temperamento, rebelde a todas las trabas e indomable como los potros del Oeste.

Una noche, trabajando en el The Virginian de Nueva York recibió proposiciones para dejarse las tablas y hacer con el famoso lanzador de estrellas cinematográficas, Tomas H. Ince, una película en la que se precisaba que el protagonista fuese un cowboy.

Esta película, que marca el principio de la triunfal carrera artística de este famoso y personal artista americano, lleva por título «El hombre de la selva».

Después ha producido muchas, todas igualmente celebradas y representativas de una nueva y sensacional manifestación artística entre las muchas que abarca y puede abarcar el arte del silencio, y, aunque la ductibilidad adquirida en el teatro le ha permitido desarrollar con fortuna papeles de las más complicadas y diversas naturalezas, es en los papeles de cow-boy rudo y bravo, en los que ha consolidado su prestigio, llegando a ser una primera figura insustituible e inimitable en este género de películas.

* * *

La primera cinta que vimos de William S. Hart definió en nosotros el alto concepto admirativo que nos ha seguido mereciendo siempre en un acrecentamiento de cordial devoción.

En una taberna de gente dudosa, disputándose los rendimientos de un negocio, William y el más famoso valiente de aquellas regiones, se encontraron frente a frente con un gesto de desafío a muerte en los ojos amenazadores.

La lucha entre los dos fué larga y tenaz como entre dos gladiadores enfurecidos. William, caído de espaldas en el suelo, se esforzaba por dar la vuelta a su adversario.

Sobre su pecho el puñal del enemigo brillaba, acercándose a la carne, con brillo siniestro.

Un movimiento ágil, un salto de tigre y un puñetazo definitivo, devolvieron a Bill las ventajas en el encuentro fatal.

Poco después el otro valiente caía al suelo, sangrante, inhabilitado para seguir la lucha.

William podía rematarlo en el suelo sin peligro. Pero aquello no era noble. La nobleza y la valentía deben marchar siempre juntas como dos buenas hermanas inseparables.

Levantó al otro, lo condujo a su choza y, vendándole las heridas y lavándole la sangre con su pañuelo, le tuvo al cuidado de su asistencia durante muchas semanas.

— Pude matarte y no quise. Nos mataremos cuando estés curado.

— Nos mataremos.

Y aquellas escenas en que un hombre curaba a otro como una hermana de la caridad para matarse luego con él, y en las que otro hombre deseaba para lo mismo recobrar sus fuerzas, mirándose los dos con un odio largo y profundo, tenían una intensidad emocional tan grande y tan honda, que nos sacudían los nervios y nos hacían pensar en los supremos heroísmos.

* * *

En todas las demás películas William ha sostenido esta misma emoción. No cabe duda que dentro de su género no hay ningún otro artista que se le pueda poner al lado.

Después de su debut hizo otras varias cintas para la Arcraft, y más tarde formó una organización productora propia, firmando un nuevo contrato con la Famous Players para la producción de algunas series sensacionales.

Y el chico que un día tuvo que vender sus vestidos y medallas para trasladarse a Londres, es hoy el artista famoso de prestigios mundiales, que viene ganando al año la respetable cifra de un millón de dólares y que tiene en Hollywood un palacio que no ha de envidiar nada al de los multimillonarios más refinados y comodones.



Retrato de WILLIAM S. HART

LOS GRANDES ARTISTAS CINEMATográfICOS



WILLIAM S. HART en «El último cartucho»



WILLIAM S. HART en «La paz del hogar»

:: EL CABALLO PINTO ::
LOS AMORES DEL ARTIS-
T A :: HERIDAS DE
: : : : DESDEN : : : :

Como Don Quijote de la Mancha, como el Cid Campeador, William Hart tiene también su caballo célebre. Se llama *Pinto*, y por sus heroicidades es digno descendiente de aquellos cuadrúpedos que se immortalizaron en la historia y en la leyenda con los nombres de *Babieca* y *Rocinante*.

Es un animal noble e inteligente.

Cuando su amo se encuentra en peligro, le nacen alas en los cascos. Su gran agilidad le permite volverse en poco terreno, dar saltos inverosímiles y trepar por los terraplenes más accidentados.

Es un gran elemento, al que debe Hart una gran parte de sus triunfos, y al que el artista quiere con cariño entrañable.

— Mis grandes amores son mi arte y mi caballo — ha dicho Hart muchas veces. — Sólo quedándome inútil para el trabajo dejaría de laborar para el cine. A mi caballo *Pinto* no lo vendería por todo el dinero del mundo. Su muerte la sentiría como la de un hermano.

Pero antes William había tenido otro amor, que acabó dejándole en el alma impetuosa y buena, la amargura de los desdenes dolorosos.

* * *

Andaba por Londres en los comienzos de su carrera cuando se enamoró perdidamente, con todo el corazón, de la belleza rubia y enfermiza de una artista de circo, que se ofrecía al público tentadora a lomos de su caballo blanco, con los cabellos dorados como las onzas peluconas, la cara muy pálida e interesantísima—en la que fulguraban, negros y profundos, los ojos enormes bajo el arco de las cejas pintadas—con los labios muy rojos de carmín encendido y unos brazos largos y ágiles como serpientes en los ángulos del escote bajo y provocativo.

Se llamaba Gladys Myres y tenía una fama siniestra de vampiresa insaciable.

Había acabado con cuantiosas fortunas de sus obstinados admiradores y había en su vida de fascinación y de frivolidades las páginas negras de un banquero arruinado y las páginas rojas de un romántico suicida que acaba con la tragedia de un disparo en la sien la catástrofe sentimental de sus ensueños de amor.

William no se arruinó ni se suicidó tampoco. No se arruinó

porque su caudal por entonces era harto escaso todavía para que el perderlo tuviera carácter de ruina, y no se suicidó porque, hombre firme de ánimo, de duro temple, no podía confiar al cañón de un revólver la cobarde resolución de sus torturas.

Pero, no obstante no haberle ocurrido ni lo primero ni lo segundo, acaso sea uno de los que más sufrieron, el que más sufriría tal vez, en su desdichado enamoramiento por Gladys.

No había amado de veras hasta entonces; puso en ella toda la fogosidad impulsiva de su pecho, ansioso de felicidad, y vió, cuando más ilusionado estaba, como se esfumaba la quimera de su dicha dorada en una mueca ofensiva de desprecio de la bella.

Tres meses duraron las relaciones, que ya habían llegado a cristalizar en un carácter íntimo.

William soñaba con la boda, con redimirla del trabajo penoso y del escándalo de su vida, con llevarla a otra nueva vida en la que él trabajaría para ella, para rendir a sus pies diminutos como almendras, ágiles y rosados, el tesoro de la gloria.

William soñaba con otra nueva vida en la que ella lo fuese todo para él, como son las mujeres buenas para los hombres que las aman mucho...

Y un día Bill, que la esperaba a la salida del circo, no la vió salir. Los compañeros le dijeron, con un poco de sorna, que la habían visto marchar, momentos antes, con el hijo de un lord, conquistador y fastuoso.

Palideció el enamorado, mordióse los labios, y sin hablar ni una palabra comenzó a vagar al azar.

El azar, las sospechas o el instinto lo llevaron frente a las vidrieras de un restaurant de moda.

Allí, cenando, estaban ella y el otro. La casquivana, la infame y él, el ladrón de su dicha.

Penetró resueltamente y junto a la mesa se quedó en pie, inmóvil, mirando a Gladys con ojos en los que había más amargura que recriminación.

Ceremoniosamente el hijo del lord británico lo invitó a sentarse. Rechazó digno y erguido.

Luego, con un brusco ademán de cabeza ordenó a ella que saliese. Como ella lo conocía, salió temerosa. Montaron en un coche.

El galán desairado quedó allá dentro, frente a la mesa repleta de manjares y buenos vinos.

* * *

— ¿Por qué eres así, Gladys? ¿No sabes que el desenfreno de tu avaricia te llevará a la miseria cuando tu juventud y tu fama empiecen a marchitarse y que al lado mío te aguarda el reposo, la felicidad de un hogar nuestro, de unos hijos en los que nos miraremos, de una dicha que te haga mirar el pasado como algo espantable y

que mi inmenso amor irá borrando poco a poco hasta que lo consideres como algo remoto, muy remoto?...

Gladys suplicó:

— Dejemos eso para luego, para más luego, para cuando tu hayas ganado la fama y el dinero que yo necesito. Entretanto, bien está que se lo saque a quien pueda. El amor no lo es todo en la vida.

* * *

¡Bien está que lo saque a quien pueda! ¡El amor no lo es todo en la vida! ¡Y el amor lo era todo para él!

Lo era todo y todo se derrumbaba con aquellas palabras frías y calculadoras de la amada sin corazón.

No la volvió a ver más, ni jamás mujer alguna volvió a interesarle para forjar ilusiones ni esperanzas.

Vive desde entonces encerrado en un ascetismo hermético, y allá en su palacio de Hollywood, mientras repasa estas cartas de admiradoras, que llegan a millares hasta las manos de los artistas famosos, acaso un poco triste, un poco descreído, piense que si Schopenhauer no tenía razón del todo en sus furibundas diatribas filosóficas por lo que en las mujeres resplandece y cautiva de tentador y de bello, son todas más dadas a deslumbrarse por la fama, la ostentación y el dinero de los hombres, que a entregarse y sentir un amor verdadero.

Y es desde entonces, desde aquella tragedia sentimental de su vida, que William puso en el arte sus amores y después en el arte y en su caballo *Pinto*.

Nosotros no queremos preguntar si tiene razón o si está equivocado. Nosotros sólo sabemos, sin haber amado a ninguna *ecuyère*, que el arte proporciona las más íntimas satisfacciones de la vida y que los caballos no traicionan nunca.

Mientras que las mujeres...

Aunque no sea más que por el genio, y todas tienen el suyo—que en ninguna es bueno,—parecen a lo mejor adorables diablillos con faldas.

* * *

**EL HOMBRE Y EL CA-
BALLO :: ANÉCDOTAS DE
WILLIAMS Y DE PINTO ::
LA INTELIGENCIA Y EL
SUELDO DE UN CABALLO**

El famoso caballo de William se llama *Pinto*.

Los hombres de las praderas usan de esta palabra para designar los caballos manchados. En todas las llanuras de *pieles-rojas* del Oeste, los caballos pintos o manchados tienen un valor inapreciable.

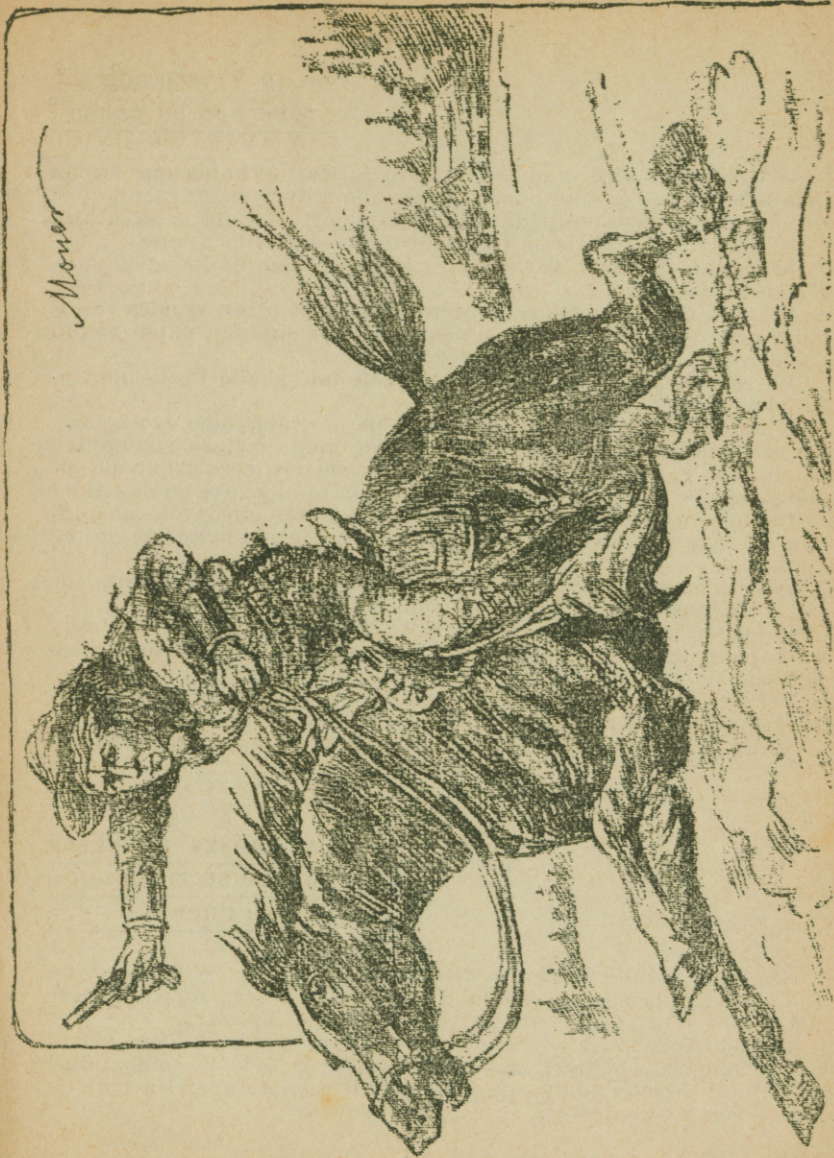
Un jefe de *pieles-rojas* cuenta sus riquezas por el número de caballos «pintos» que posee. Las bellas manchas de sus caballos contribuyen mucho a su fama y popularidad.

El padre de *Minie*, la gentil *piel-roja* que ha aparecido en varias películas, tuvo a *Plety Horses*, el caballo «pinto» más notable del Oeste.

Minie confiesa que el «Caballo Pinto» de William S. Hart, es superior en méritos al caballo *Plety Horses* de su padre.

Y haciendo el elogio de su caballo, ha dicho William a un cronista que lo entrevistó en Norteamérica:

— Hace varios años que lo tengo conmigo y durante ese tiempo ha rodado por muchos precipios, ha salvado invencibles obstáculos y ha atravesado turbulentos ríos, ha trepado por cuestras inverosímiles y ha estado a punto de morir después de terribles galopes, me ha llevado por rocosas montañas y por arenosos desiertos y ha trabajado siempre ante la cámara con una rara inteligencia, obediente a mi dirección. De tal modo estoy convencido de que le debo la mitad de mis éxitos, que le tengo asignada una cifra de emolumentos por cada película, proporcional a la que yo gano, y así puedo asegurar que del mismo modo que la fortuna me ha favorecido y soy uno de los actores más ricos entre los que trabajan en películas, *Pinto* es sin disputa el caballo más rico del mundo.



William S. Hart en sus creaciones predilectas

VALOR Y TEMERIDAD ::
: TODO POR SU DUEÑO :

— Una vez — dice también William S. Hart — había que filmar una escena en la que un hombre tenía que rodar con su caballo por un precipicio, bastante peligroso para tomar a broma la aventura.

Al ensayar la escena se tropezó con grandes dificultades.

Se repitió el ensayo varias veces y fué preciso un descanso para comenzar de nuevo.

Después de este descanso vinieron otro y otro con iguales resultados negativos. Hasta llegó a pensarse en la simulación por medio de un truco.

En este punto las cosas, el instinto de mi caballo *Pinto* nos dió la solución.

Comprendió que la culpa era suya que no caía como debía caer, por un temeroso instinto de conservación que le restaba virtualidad al cuadro, y, resueltamente, nervioso, bravo y convencido de su obligación, se arrojó por la granja y arrastró al jinete en su caída.

Cuando cayó el caballo sus cascos delanteros quedaron tan junto a mi cara que tuve que hacer grandes esfuerzos para que no me lastimase.

Pinto comprendió lo difícil de mi situación, y sin embargo de estar maltrecho por el golpe, permaneció quieto, inmóvil.

Luego de levantados y reconocidos, yo estaba ileso, por fortuna; mi caballo estaba lastimado. La silla rayada por las matas espinosas...

Y *Pinto* no se movió, porque sabía que el más ligero movimiento ponía mi vida en peligro.

Antes se hubiera dejado morir él que causarme a mí un arañazo.

LAS CARNES NO PESAN
CUANDO SE TIENE AMOR
: : : : : PROPIO : : : : :

En los grandes corrales de la hacienda que Will posee en Hollywood,, permaneció *Pinto* dos años en descanso, poniéndose tan gordo y lucido que no parecía el mismo de antes.

Cuando Bill, levantado el descanso de su caballo, lo llevó a trabajar frente al objetivo, llamó la atención de toda la compañía y encantó al director, muy orgulloso y satisfecho de que el artista se presentase a trabajar con su caballo favorito.

— Estás muy gordo — decía William al caballo; — me temo que ya no me sirvas para nada más que para pasear.

Pero llegó el momento del trabajo y Hart quiso seguir de cerca la labor de los otros actores que tenían que trepar por un escarpado inaccesible y entonces Hart, que dudoso de la resistencia o agilidad de su caballo, se montó en otro, vió como *Pinto*, solo sin jinete, para darle una lección, sin que nadie se lo mandara y para demostrar que su gordura era lo de menos, se encaramó en la cumbre con una agilidad maravillosa.

— No hay amor humano capaz de pagar la lealtad de este animal incomprensible.

LOS ADMIRADORES DE PINTO :: EL CABALLO SE PAGA SUS FOTOGRAFIAS

Si William S. Hart cuenta por millares los admiradores y admiradoras que le escriben cartas encomiásticas pidiéndole retratos, las peticiones de lo mismo que *Pinto* recibe, son tantas por lo menos como las que llegan a su amo.

Bill y su caballo *Pinto* constituyen en el lienzo una sola individualidad.

Hasta tal punto és así que cuando *Pinto* hubo de permanecer algún tiempo alejado de la escena como consecuencia de un accidente, infinidad de aficionados al cine se dirigían a William demandándole ansiosamente noticias del «estado de salud» de su caballo.

Muchas de estas cartas—refería Hart—venían acompañadas de regalos valiosos, pero con lo que más se obsequiaba por entonces y ahora a mi caballo, era con azúcar.

Pinto es muy goloso; un verdadero glotón. Sin embargo con las reservas de azúcar que tiene de la que le regalan se podría dar por contento más de un tendero.

El día que *Pinto* volvió a trabajar fué un día de júbilo para sus admiradores.

Hasta ese día tuvo «suspendida toda la correspondencia».

Pero luego en poco tiempo y para cumplir con todos, se ha gastado una verdadera fortuna en sellos de correo y retratos, sacando el dinero del fondo acumulado con los sueldos que le pasa su dueño, espléndido y cariñoso.

**SE RETIRA EL CENTAU-
RO :: UN ACCIDENTE DE
TERRIBLES CONSECUEN-
CIAS PARA LA CINEMA-
: : : : TOGRAFIA : : : :**

Y una vez dijo William S. Hart:

— Sólo me retiraré del cine el día que un accidente me deje inutilizado. Y ese día parece que ha llegado, por desgracia.

Arrojado por su caballo *Pinto* en un brusco movimiento, William ha caído al suelo en una pendiente y ha quedado magullado.

— Sin embargo, la culpa no es de mi caballo — ha dicho; — la culpa es mía, que ya con los años me van faltando destreza y agilidad.

Sea la culpa de quien sea, lo positivo es que William ha pensado en retirarse, tal vez porque habiendo sido quien ha sido, que es ser el mejor, no quiera en un prurito de noble orgullo, empezar la cuesta de descenso a que llevan los primeros tropiezos.

Y sin saber de un modo cierto si se retirará, todos los que se preocupan de las cosas del cine andan intrigados con la duda inquietante.

Es posible que el actor formidable, el hombre centauro, el bravo cowboy, el tirador inimitable, deje la fatiga de sus jornadas y se retire a su palacio de Hollywood para vivir en el descanso con el regalo de su vida de millonario, añorando los días de antes...

Es posible también que, pasados los temores de ahora y convencido de que aun le quedan fuerzas para mantener enhiesto el pabellón de su gloria, nos siga emocionando como ahora con la sensación escalofriante de sus audacias.

Pero de un modo o de otro, y el segundo es de desear, William S. Hart fué, es y seguirá siendo, el actor americano grande entre los grandes, que ha creado un género nuevo y ha llevado a la pantalla emociones desconocidas hasta que no lo hemos visto, hombre de las praderas, trepar por los abruptos escarpados a lomos de su caballo, y hombre noble y bravo, jugarse la vida con un heroico gesto de desdén para todo.

R. SANTANA Y BENITEZ DE LEÓN

TRAS LA PANTALLA

GALERIA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Bruch, 3 - BARCELONA

Se publica los sábados

Estos cuadernos se servirán a domicilio, mediante los siguientes

ABONOS

Abono anual, España y Portugal: 18 ptas. - Extranjero: 25 ptas.

• semestral • • 9 • • 12'50 •

• trimestral • • 4'50 • • 6,25 •

Pago adelantado, por Giro Postal o valores de fácil cobro

NUESTRO BUZÓN

Un aficionado al cine. — Mollerusa. — La dirección de María Walcamp y la de Juanita Hansen es: Universal City, California (Estados Unidos.)

Continental Victoria. — Madrid. — Efectivamente se irán publicando las biografías que menciona. La dirección de nuestro Agente exclusivo en esa es D. Manuel Castro, Pretil de los Consejos, 3, bajos, a quien puede V. dirigirse por los números que solicita.

J. A. C. — Albacete. — Servimos su pedido el 11 de Marzo.

J. M.^a Alsina Jané — Manresa. — Mande 2'35 ptas. en sellos de correo y le enviaremos los cinco números certificados.

A. S. de V. — Ciudad. — Para lo que desea, tenga la bondad, si no le es molesto, de pasar por nuestras oficinas cualquier día que le venga bien.

F. Lloveras. — Tarrasa. — Le remitimos su pedido el día 12 de Marzo.

M. Zitro. — Sevilla. — Los argumentos de películas están agotados. Estamos preparando una magnífica colección de postales de artistas cinematográficos; a su aparición lo anunciaremos. La dirección de nuestro Agente en esa es D. José Bermudo Rodríguez, Sierpes, 74. Envíe 1'95 ptas. en sellos de correo y le mandaremos certificados los cuatro números que pide.

L. M. — Portugalete. — El día 15 de Marzo se le remitió el cuaderno de Eddie Polo.

E. G. — San Sebastián. — Como suponemos habrá visto, hemos lanzado una segunda edición del cuaderno dedicado a Pearl White.

A. P. P. — Villanueva y Geltrú. — La dirección de Mary Pickford es Beverly-Hills, California (Estados Unidos).

E. B. — Ciudad. — Procuraremos complacerle.

Quedan muchas cartas por contestar



TRAS LA PANTALLA

GALERÍA DE ARTISTAS CINEMATográfICOS

SE VENDE EN TODA ESPAÑA, BALEARES,
PORTUGAL Y AFRICA (Posesiones españolas)

Agentes exclusivos en España:

BARCELONA: D. S. VILELLA
Barbará, 15

MADRID: D. MANUEL CASTRO
Perfil de los Consejos, 5

VALENCIA: D. VICENTE PASTOR
Nave, 15

BILBAO: D. TEÓFILO CÁMARA
Alameda Mazarredo, 15

ZARAGOZA: D. JULIÁN FRANCO
Cinegío, 1

SEVILLA:

D. JOSÉ BERMUDO RODRÍGUEZ
Sierpes, 74

VIGO: D. MANUEL HERRERO
Cruz Verde, 5

PAMPLONA: D. GUILLERMO FRIAS
Administrador de «El Pueblo Navarro»

Agentes exclusivos en Portugal:

LISBOA: D. JULIO JOSÉ DA COSTA
Rua do Arco Marquez d'Alegrete, 78

OPORTO: D. J. ANGUSTO ROCHA
Praça Carlos Alberto, 76

COIMBRA: D. TOMÁS TRINDADE
Largo Miguel Bombarda, 13-15-17

Agentes exclusivos en África:

MELILLA: SRES. BOIX HERMANOS
Alfonso XIII, 25